

Mucho se ha escrito sobre Adolfo Suárez y mucho se escribirá en estos tristes días, posteriores a su fallecimiento después de su cruel y prolongada enfermedad. Con estas líneas quiero dar testimonio ante las nuevas generaciones, que sólo han sabido de él a través de los medios de comunicación o de las conversaciones de sus mayores, del hombre que conocí y de algunas reflexiones que me suscita su fallecimiento, no menos doloroso por largamente esperado para los que gozamos de su amistad y compartimos alegrías y penas. Tuve la fortuna de conocer a Adolfo Suárez en diversas etapas de su vida, pero sobre todo, de mantener con él numerosas y segadas conversaciones en la etapa de construcción del CDS, la segunda salida a los caminos de España de nuestro particular Quijote.

En ellas pude conocer, admirar y apreciar la profundidad intelectual y emocional de Adolfo Suárez, su visión retrospectiva de la transición española y sobre todo sus esperanzas para el presente y

futuro de todos nosotros, los españoles en libertad. De esas vivencias es de donde extraigo esta breve síntesis de una vida tan rica, tan excepcional y compleja que me permito resumir en un compromiso y dedicación total al servicio de sus tres lealtades fundamentales.

Adolfo Suárez tuvo toda su vida una lealtad primordial con el conjunto de los ciudadanos españoles. A través de su apasionada vocación política trabajó infatigablemente para que su vida fuese mejor, y para ello, en conseguir que la convivencia entre todos fuese posible en libertad y armonía. Es indudable que, como todo ser humano, fue evolucionando a lo largo de su vida y las diversas circunstancias históricas y por tanto en cómo actuar para cumplir con esa lealtad fundamental. Esa actitud y compromiso fue la que le impulsó a liderar desde la Presidencia del Gobierno la construcción del marco de convivencia de la nueva democracia, nuestra Constitución del 78, y a prestigiar un modo de hacer política, el diálogo y la búsqueda de grandes acuerdos en los asuntos de Estado, inéditos en la Historia de España. Lo que probablemente es menos sabido es que si Adolfo Suárez se lanzó en 1982, con un pequeño grupo de amigos a construir el CDS fue

por esa obsesión de lealtad con el pueblo español más que por intereses partidarios. Consideraba que la democracia española era todavía demasiado joven y que podía recaer en pasiones cainitas si no se mantenía viva la atracción política hacia las posiciones de centro y de diálogo. La segunda gran lealtad la sentía con su majestad el Rey don Juan Carlos I. Al margen de la amistad personal que les unía, Adolfo Suárez solía comentar que don Juan Carlos había asumido grandes riesgos al confiar en él para la difícil tarea de construir una democracia moderna. En justa reciprocidad, y como

castellano viejo y por tanto de lealtad inquebrantable, me decía con frecuencia que toda su capacidad de acción política y de persuasión con los demás estaba al servicio de reforzar la estima de los españoles por la Corona.

La tercera gran lealtad era con su familia. Adolfo Suárez siempre vivió su intensísima vida política con un oculto sentido de culpabilidad, que su pasión primordial y la ingente tarea política que le ocupaba no le permitía dedicar el tiempo y la atención que consideraba debía a su mujer y sus hijos. El destino hizo que, cuando decidió abandonar la vida pública, la enfermedad se cebó con su hija Mariam y su mujer Amparo. Suárez dedicó íntegramente los últimos años de su vida lúcida a acompañar a los suyos y compartir el dolor de esas pérdidas.

Como amigo de muchos años de Adolfo Suárez me permito pedir a quienes lean estas líneas que recen una oración por él si son creyentes, y si no lo son que dediquen un recuerdo emocionado a un hombre fundamental para España y los españoles.

castellano viejo y por tanto de lealtad inquebrantable, me decía con frecuencia que toda su capacidad de acción política y de persuasión con los demás estaba al servicio de reforzar la estima de los españoles por la Corona.

La tercera gran lealtad era con su familia. Adolfo Suárez siempre vivió su intensísima vida política con un oculto sentido de culpabilidad, que su pasión primordial y la ingente tarea política que le ocupaba no le permitía dedicar el tiempo y la atención que consideraba debía a su mujer y sus hijos. El destino hizo que, cuando decidió abandonar la vida pública, la enfermedad se cebó con su hija Mariam y su mujer Amparo. Suárez dedicó íntegramente los últimos años de su vida lúcida a acompañar a los suyos y compartir el dolor de esas pérdidas.

El CDS, el último cartucho de Suárez

Buscó ser el partido bisagra y acabó siendo fagocitado por José María Aznar

:: M. IGLESIAS

MADRID. La fundación del Centro Democrático Social (CDS) supuso la última aventura política de Adolfo Suárez. En 1982, el expresidente del Gobierno abandonó la UCD y creó un nuevo partido con el que se presentó a las elecciones, acompañado por un puñado de leales. Prácticamente, de la noche a la mañana, pasó de liderar el primer partido del país a presidir una formación política con solo dos diputados en el Congreso: él y Agustín Rodríguez Sahagún.

Unos 600.000 votos bendijeron el nuevo proyecto político nacido para ocupar el espacio de la UCD con la que todavía convive una legislatura porque los centristas, con Landelino Lavilla al frente, obtienen 11 escaños en el Congreso de los Diputados. Mientras languidece el partido primigenio se fortalece el de nuevo cuño y en las elecciones de 1986 el CDS se enseorea del espacio de centro en solitario.

Bastó la tarea de oposición de los dos diputados del nuevo partido centrista –que sobreviven integrados en el grupo mixto– para que el caudal de votos se incrementara de forma llamativa. En el 86, el CDS obtuvo un gran éxito y con 19 escaños se convirtió en la tercera fuerza política. Un año después, dio el salto definitivo en las elecciones municipales y autonómicas. Consigue representación en 13 parlamentos autonómicos, 6.000 concejales y 684 alcaldes. En enero de 1988, ingresa en la Internacional

Liberal que cambia su nombre para convertirse en la Internacional Liberal y Progresista a exigencias del CDS y Adolfo Suárez es elegido su presidente.

Este caudal de votos inyecta nuevas energías al ambicioso político de Cebreros que empieza a acariciar la idea de volver al palacio de la Moncloa y de convertirse en el primer duque que es aupado por las urnas a la Presidencia del Gobierno.

Uniones con AP

En esta etapa dorada de la nueva formación centrista, pacta con el partido de Fraga –sometido a tensiones sucesorias– y gobierna con Alianza Popular en ayuntamientos y autonomías. De hecho, el CDS a finales del 88, se alía con AP para hacerse con la Alcaldía de Madrid que ocupa Agustín Rodríguez Sahagún. Además, conforma con la derecha una coalición en Castilla y León para hacer presidente a José María Aznar quien, a la larga, acabaría por desalojar del panorama político al partido de Suárez.

La unión de todo el centro derecha bajo las siglas del nuevo PP se convierte en el objetivo prioritario de Aznar candidato, que se propone arrebatar el marchamo centrista al CDS de Suárez. «Nos sentimos herederos de la UCD», proclamó el dirigente popular con desdén mientras contemplaba complacido el desmoronamiento del CDS. Los de Suárez celebraron un congreso en Torremolinos, en fe-



Adolfo Suárez posa tras las elecciones generales de 1989 en la sede del CDS. :: R. C.

El PSOE quiso cambiar la ley electoral para facilitar la consolidación de los centristas

brero de 1990, donde decidieron virar hacia el PSOE para impedir el avance de la derecha y anunciaron su vocación de partido bisagra. Los socialistas de Felipe González intentaron ayudarles a frenar el ímpetu de la nueva derecha e incluso pretendieron, aunque sin conseguirlo, reformar la ley electoral para facilitar la consolidación del CDS como socio imprescindible de las mayorías gubernamentales.

El estrepitoso fracaso de las elecciones de 1991 –que apuntaron por

vez primera el crecimiento del voto urbano del PP– precipitó la dimisión de Adolfo Suárez y abrió la espita de una nueva fuga de dirigentes centristas hacia el partido de Aznar. Este viaje hacia el centro popular culminaría en los primeros meses del 2006 con la desaparición total del CDS y la plena integración de sus últimos 54 concejales y 3.000 afiliados en el PP de Mariano Rajoy. Suárez nunca regresó al escenario político después de quemar su último cartucho.